

FÍGARO.

PERIÓDICO ESPECIAL.

Se publica cuatro veces al mes.—Precios de suscripción: En
Búrgos, real y medio; en provincias, dos reales, pago adelantado.
Números sueltos diez céntos.—Habana y extranjero una peseta.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Imprenta de la Sra. viuda de Villanueva,
Plaza Mayor 2, y en la Lotería del Sr. Hernando, paseo del Espolon.
Anuncios y preguntas á precios económicos.

Diciembre 14.

REDACCION Y ADMINISTRACION; LAIN-CALVO 20, 2.º

Núm. 39.

EL INGENIOSO HIDALGO D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

TERCERA PARTE
escrita por El Bachiller Avellanado.

CAPÍTULO X.

*En el que se vé cuan altas pueden llegar á ser
las andantes Caballerías.*

Conoció Don Quijote, como buen caballero, apenas puso su planta en el escenario del teatro, cuan inseguro y movedizo era aquel suelo y cuan bien ajustadas á peso han de ser las gentes que le paséen; pero al hacer hincapié para defenderse de la desaforada acometida del contrabajo sintió repentinamente como le faltaba del todo el pavimento y caía en el abismo sin poder remediarlo; con lo que el gran instrumento dió sobre los perfiles de la boca de la sima por la que se habia hundido El de la Mancha tan espantable y rudo golpe y resonante, que al rimbombar en la caverna que se traga á los escénicos personajes no pareció sinó que se venia abajo el mismo cielo. Asi se salvó el Caballero de la Triste Figura por el camino que el drama de Don Luis habia señalado á la misma Muerte que debia anunciar al Emperador sus últimos momentos. Y en la fosa unos nacen y otros mueren.

Hallóse, pues, Don Quijote en húmedo lugar, oscuro y lleno de artimañas, solitario además por haber huido asustadas las guardas del subterráneo; bien que, dados muchas vueltas y rodeos, llegó al cabo á divisar la luz de las rendijas, y luego los vaivenes de cierta trampa, por la cual, haciéndose salida, fué á dar á un jardín de infinitas flores y de opulento y vario ramaje entretejido.

—¡Bien halladas vos Doña Luna y las estrellas! dijo Don Quijote; y enderezando sus pasos todos contrarios al murmullo de gentes que al lejos claro-oscuro se escuchaba, traspuestos puentes y abandonadas calles, emboscóse el caballero en la floresta que mansos rios y graciosas corrientes de

arroyuelos embellecian y alegres perfilaban.

No dudó Don Quijote que por aquellos bosques y á horas tales debia encontrarse algun floroso, amante caballero, asáz mal ferido, que en tan buena sazon se lastimára y sus coitas contase siquiera á los árboles y peñas, mas blandos y sensibles que aquella ingrata reina de su voluntad de roca viva y así comenzó á decir en altas voces:

¡O vos el andante, enamorado sin remedio, que encubren estas selvas y guardan apacibles el silencio y misterioso manto de la noche! ¡bien facedes en doleros de la profunda y recia sinrazon que vos aqueja; ni lágrimas son duelos bastantes, pues así son prestos á derramarlas males cual contentos! ¡Ni menos hay buscar duelos dó están los míos, ni ingratas ferrosuras dó estuviere Dulcinea del Toboso!

Teneos, vos, Don Juan, pues solos no estamos; (dijo una oscura voz en lo profundo del bosque,) y si la suerte así lo ordena ahora, cuidad que ni el mundo en este instante se nos acaba, ni si fueseis áire de los campos habiais de huiros al filo de mi vengadora espada.

Ni esto achaqueis, Don Lope, ámen-gua ó cobardia; (dijo otra enlutada voz,) ¿Qué os detiene ó asombra? Templád; blandíd ese vuestro acero, que si me diera muerte me da vida, y si la que tengo me dejare tal nombre empezará á merecer que aun no ha merecido.

Por estas encendidas frases en cólera y despecho y ánsia de venganza conoció Don Quijote como entrambos los nocturnos caballeros en sus celos se abrasaban; y prorrumpir quiso en mas altaneras frases cuando oyó el habla lejana, los quejidos y ayes lastimeros que salian, á mas no poder, del seno y de los ámbitos altísimos de la misma atmósfera.

Miró al cielo una, dos y tres veces Don Quijote y luego á su alrededor exclamando:

¿Dó, hados, me quereis? ¿en el cielo ó en la tierra?

En el bosque todo era silencio, y las copas frondosas de los árboles se interponian á la vista al querer explorar los espacios de la atmósfera; y como los ayes continuasen y los ecos tristísimos de lo alto, Don Quijote creyó dar en el hito y tropezar con la verdad de aquella aventura, que no podia ser otra cosa sinó que algun gigante desaforado conducia su presa por los vientos para trasportarla de uno á otro polo de la tierra por entre la tiniebla de la noche; y á largos pasos ganando un no lejano ribazo, vió El de la Mancha no haberse engañado, pues un descomunal y jamás visto jayán iba volando por los aires iluminado por una roja tea de chispeantes llamas.

Pensó, pestañeó, meditó Don Quijote y se afirmó en que el mónstruo volador no era fantasma sinó realidad de horrorosas dimensiones; y aún distinguió claramente la gran carga que conducia. Y aquí fué la honda pena del andante caballero; pues, si dispuesto y brioso se hallaba y sentia para la singular y desigual batalla, no veía así fácil y hacedero el modo y medio de subirse por los aires para poder habérselas con el formidable y bárbaro adversario; y aquí fué el empezar Don Quijote á insultos, denuestos é imprecaciones con voces tales que semejava fúria. Y aún ensayó algunos saltos y bríncos propósito de experimentar si su estrella queria acercarle á las del cielo; mas, visto que en esta ocasion, como en las mas, el cuerpo á la parda tierra se atiene y pega, determinó seguir como mejor pudiese la pista al coloso endemoniado.

Y avínole bien al andante, pues si él no subia, notó como bajaba el gigante así que su lámpara fué apagada; y pudo entonces verse á la luz de la Luna como era el encantador desesperadamente feo, vestido á lo moruno con media luna y turbante. Colgábanle las moles de sus brazos como si fuesen dislocados, y gruesas como cadenas llevaban un negro cajon pendiente y oscilante; y todo era nada si

se atendía al vientre que se tragaba y engullía todas las piernas. En verdad que solo el Caballo de Troya podía serle comparado.

Atendidas todas las cuales cosas y cada una de por sí, calculó Don Quijote que si él acertara á entrar espada en mano por la tripa del jayán y pasar por la espalda del bárbaro al otro lado, la herida habria de ser de tal cual monta, y de provecho poco al feróz enemigo, sin atinar con qué ungüentos pudiera ser curada, aunque el mismo Fierabrás los compusiese y condimentase.

En esto, y por venir ya cercano á la tierra el morazo, hubo de enredarse el cajon en la maleza del terreno, deteniendo la marcha del Señor Sultan; apenas lo cual observó Don Quijote, cuando rompió á toda carrera. Llegó, saltó frenético de cólera, abrió brecha por el vientre del gigante, hallóse en un santiamen al lado opuesto del mónstruo y cayó en tierra todo cuanto largo era.

Lo primero que fizo despues fué mirarse todo y palparse de arriba abajo, y al notarse limpio de sangre y tripas estuvo el buen caballero á pique de perder su juicio. Volvió el rostro hácia el jayán, y como no advirtiese más que humo mucho, juzgó que el encantador se habia transformado en nube, dejando rota, arrugada y revuelta toda su vestidura por aquel campo.

Levantóse pues Don Quijote y llegóse al cajon, en el cual juzgó fundadamente hallar la presa que el bellacón conducía, y con dos tajos y otros tantos reveses abrió espacio por donde poder introducir la mano y el brazo. Lo primero fué dar con un trozo como de tela gruesa y peluda, sin poder adivinar que cosa fuese; mas, tirando hácia afuera y rasgando y redondeando el agujero se observó como al primer trapo venia unido otro semejante, y ambos unidos segun es de hacer en buen órden y justicia completaban dos orejas de asno. Tras las orejas salió una cabeza, y tras ella un cuerpo conque resultó un jumento completo. Despues apareció el buen Sancho todo aturdido, confuso y desbaratado.

—¡San Francisco! exclamó atónito y santiguándose Don Quijote.

—¡La Verónica me valga! dijo Sancho.

—¡Vos y vuestro asno volando! continuó Don Quijote.

—¡Ahí verá la su merced! repuso Sancho.

—Ahora digo, añadió Don Quijote, que vuelan bueyes; ni he de hallar ya cosa alguna que me cause espanto.

—Bueyes aquí no vienen, replicó Sancho, sino solo el rucio; y vuela quien sabe, que los mas pintiparados arrástranse por esos suelos.

Y sacado que fué afuera el rucio, dijo el caballero muy admirado:

—Rucios trocásteis, Sancho, por grifos, apartadas las orejas.

—No ha de pararse hoy su merced en vestiduras, contestó Sancho, y gracias á las orejas sean dadas.

—Y lo primero es que conteis vos, el volador, como fué todo este asombro de aventura.

—Así hiciera, dijo Sancho, sin la caterva que cercana viene ya en busca de su merced, y no hay dudarlo.

Y era la verdad; pues, no pudiendo sobrellevar los señores castellanos la tan inopinada ausencia de D. Quijote, habian determinado ir en su busca por donde quiera; y en cuanto le encontraron con Sancho la alegría del encuentro fué duplicada.

Y le condugeron adonde los mas de los caballeros y damas solian reunirse, bien que á la sazón especialmente; y esto bajo magnífica techumbre en salones rica cuanto variadamente decorados.

—¡Sonajas! exclamó Sancho; ¡y quién te vido y quién te ve, tierra de mi aguelo! ¡pues y cuenta con los ajuares y paramentos! ¡y caten las almillas y tocadores! ¡pues, y digo de las calzas y ferreruelos y mantos y jubones!

Mas, Don Quijote á mas altos términos elevado por el armónico rumor y agradable de gentes tantas reunidas, y por las armonías de la orquesta, no juzgó otra cosa alguna sino hallarse en los encantados palacios de alguna India, y suspiraba profundamente y hundía sus ojos, no apartando un solo instante de su pensamiento la imagen de Dulcinea del Toboso.

Muchas fueron las danzas, los bailes y damerías que vió y oyó Don Quijote; admirando, no menos que los concertados sonos de los instrumentos, los movimientos, las airosas mudanzas y la ordenada disposicion de las figuras; festejo que juzgó regocijado harto, si no siempre pulero y comedido; en tanto que diversos pareceres de diferentes personas convenian, con todo, en una cosa sola, es á saber, que el arte de los artistas no habia sabido pintar ni trasladar á lienzo ó papel los rostros, ni los

cuerpos, ni los caracteres de Don Quijote y de Sancho; y es que el Arte ha de ser así como es el hombre, al cual forman y dan ser las cualidades del alma, que como reina ha á su órden y servicio los miembros del cuerpo, los cuales son serviles instrumentos unos y camareros otros de la señora de la casa; y quien almas no ve copiar no puede cuerpos. Y mata quien perfila caracteres excelentes, pues no hay limitar las excelencias.

A Sancho dió una señora el retrato que acababa de publicarse, y como se vió el escudero en pié, las piernas separadas, cruzadas atrás las manos, alta la cabeza y los ojos y boca abiertos en demasia, preguntó si así se retrataban pensamientos como ademanes y como cuerpos las almas, desde las grandes hasta las de cántaro; y aun añadió que no le parecia bien andar todo retrato por todas partes, sino que debia haberse como joya en caja por quien bien le estimase; por cuanto el público mercado es vulgo solamente que manosea y baraja y menosprecia; y el misterio es el manto de las excelencias.

Don Quijote observó tranquilamente la prontitud y facilidad con que las noticias eran á todas partes enviadas, y la velocidad conque le llegaban parabienes de ciudades y de pueblos; y así bien como Monsieur Brincos verificaba dificultosas é infinitas suertes como de nigromancia diciendo:

—Aun queda á sus mercedes mucho camino que andar, si llegar han á dó llegaron andantes caballeros, ante cuyas hazañas desaparecen todos estos menudos artificios; lo que en toda verdad confunde y desvanece, asómbreme y espanta es la magnificencia conque tratan sus señorías á sus cuerpos y la satisfacion que procuran á sus mínimos deseos, señal de grandes y graves postracion ó decadencia. Idolatrias de cuerpos, son mengua del espíritu.

Contestaron los caballeros como el traje debe decir de la categoría de la persona y la dignidad del hombre manifestarse debe en el hombre todo; á lo que dijo Don Quijote:

—Ser, en tal caso, deben todas sus señorías Césares, Sénecas y Platones, Homeros y Carlomagnos, lo cual no reconozco sin haber las fehacientes pruebas en la mano. Lujos y sabidurías son imposibles. Paréceme, mas bien, que júntanse y unen sus excelencias en busca de ostentaciones y solaces que no pudiera cada uno de

por sí haber buenamente; mas certificarlo hemos en solo un punto, y díganme ahora:

—¿Cuántos caballeros andantes de mi Orden hay en Castilla?

—No hay en verdad ni uno solo, dijeron sonriendo los preguntados.

—Caballería andante, exclamó Don Quijote, es como decir abnegación y sacrificio; y tanto como es mas suyo cada hombre, otro tanto decrece y merma para los hombres; y mas puede hacer un hombre para los hombres que ha de alcanzar y conseguir cada uno para sí mismo, pues todo bien hacer es siempre bendito. Las verdaderas venturas no son propias nuestras sino premios de la Providencia á las caridades; virtudes procurad que premiadas sean, que en el hombre no hay ni haber puede merecimientos. Digan y hablen pues ahora los que su vida pasan en irascible despoblado y defienden, amparan y practican la justicia distributiva sin otro galardón que el dulcísimo inagotable de sus conciencias, sin mas ansias ni esperanzas que los bienes alcanzados y los males prevenidos ó deshechos; que bien pueden ser ellos los espejos de humanas sociedades y adorno y ornamento de galerías de inacabables generaciones.

Monsieur Brincos hubo de aprovechar esta que creyó su ocasión oportuna, manifestando pasito de uno á uno á los círculos varios de los muchos concurrentes como estaba Don Quijote en su punto y sazón para pruebas de magnetismo, pues mostraba exaltación de ánimo y frenesí caballeresco; y como la idea apareciese amena y deleitable cuanto curiosa y rara, dijo Mr. Brincos á Don Quijote, así que se hubo disfrazado de guerrero.

—A bien que si andantes no hay en Castilla, Castilla bien puede ser camino de andantes de luengas tierras.

—No hay negarlo, dijo Don Quijote; ¿y de dó sodes? ¿qué timbra vuestro escudo?

—He por nombre El Caballero del Siglo; oprimo el lomo y empuño la rienda del fiero é indomable Hipódromo, y es el nombre de mi señora la sin par Aurina, contestó Mr. Brincos.

—Todo me place, dijo Don Quijote, si no son dos palabras que os salieron involuntariamente de la boca. Bien están esa vuestra caballería y nombre no menos que el renombre de ese vuestro grifo furioso indomeñable, y el que disteis á la reina de vuestro sentimiento, digo ser digno de vos,

sin argumento en contrario; mas lo de la *sin par* se me indigesta.

—No visteis á esa Aurina, dijo El del Siglo.

—Ni vos á Dulcinea, dijo Don Quijote; que si la viéades no blasfemáades. Ojos para ver las hermosuras, solo los han quienes las aman, si bien aman; y son ojos amantes pocos cual ñublados muchos; y hay ojos só los cuales no son hombres, sino estragos de demasías.

—Espejos de almas son ojos, dijo El del Siglo.

—Verdad averiguada, dijo Don Quijote.

—Ahora bien, y venid el buen caballero y asentáos, exclamó El del Siglo, que vos habeis de ver luego en los ojos míos la estampa de mi señora, si fijo estuviereis y atento cuanto os fuere posible.

—No sé de eso, replicó Don Quijote; mas si almas aparecer queden en humanos ojos á quienes les miren, vos habreis de ver, y por vuestro mal, lo que deseades.

Y era esto cuanto anhelaba Monsieur Brincos, por conocer cuanto puede embriagar y á cuanto alcanza el rayo de la vista sobre sensibles seres; á lo cual añadido el delicado cuanto disimulado pasar de los dedos de ambas las manos del práctico extranjero, fué obra de momentos pocos el quedar Don Quijote como en sueños.

—Vos ya, señores, propuso Monsieur Brincos á los caballeros, podeis preguntar lo que fuere de vuestro agrado.

—Y así lo hicieron muchos de los curiosos.

—¿Dó vamos caminando?

—A saber por experiencia lo que de grado y en buen hora pudo saberse.

—Hé á la mano, dijo un señor grave, una pregunta importante. Decidme, Don Quijote, ¿adónde va la filosofía de este siglo y por qué medios?

—Va, contestó El de La Triste Figura, dó todas fueron, pues gobiernan al mundo inmutables leyes: diverso es el camino que lleva y nada mas, el cual es el desenvolvimiento de la humana inteligencia. Las antiguas escuelas disputaron los morales asuntos, cual hoy los racionales se controvierten.

—¿Y quién alcanzará su triunfo?

—La unidad, pasados que sean varios episodios.

—Mas, ¿y las democracias?

—No saben de unidades.

—¿Qué es aquesto entonces?

—Haber los hombres olvidado como las facultades humanas han de ir juntas en todo caso.

—¿Y la humana sociedad?

—No es un hombre, sino conjunto de modas dominado; y separar busca lo inseparable; y así es el irse particularmente desenvolviendo la moralidad como la ciencia.

—¿Cuál es el problema del Universo?

—La lucha del mal contra el bien.

—¿Y qué es el bien?

—Caridad; lo bello y lo sublime.

Admirados quedaron los circunstantes; y acercándose luego un señor físico, preguntó.

—Señor Caballero: ¿cómo es vuestro hablar ahora?

—Como el mismo Adán antes de su culpa, y á vos hablan todos los días.

—¿Por qué medio?

—Por la conciencia y su íntimo sentimiento.

—¿Y quién habla á mi conciencia?

—El espíritu bueno, el malo, y vuestra vocación.

—¿Con qué, apartado el malo?

—Sois hombre.

—¿De qué manera sois inspirado?

—Como es despertado el tono musical de la cuerda del laúd sin llegar á él las manos, pronunciando tan solo por vuestra boca el tono su compañero.

—¿Qué es, pues, la locura? (dijo con intención profunda el interrogante.)

—La insensibilidad del nervioso aparato.

—¿Por qué causa?

—Por la digestión mala de la sangre que el seso verifica al fin de alimentar los nervios diariamente. Cólico craneario.

—¿Qué le queda, pues, al loco?

—El movimiento sin la sensibilidad, únicas nerviosas facultades.

—¿Qué dicen los movimientos del loco?

—La educación y vocación del infelice.

—¿Y qué es la razón humana? (interrogó en esta sazón, y vivamente, un severo letrado.)

—El arado de la tierra, respondió Don Quijote, la vara del mercader, el peso del que comercia, dados al hombre para su trabajo, antes de la culpa original no necesario. El instrumento y herramienta de su discurso, que ha hacerse y labrarse. Mas le regala los datos el sentimiento.

—¿Cómo, pues, vuestra razon ahora es callada?

—Porque estimulado habeis la nerviosa materia; y llamado á la superficie á la mas delicada de entrambas sus dos corrientes. Y cuidado, que es caso grave.

Con tan severa leccion hizo Monsieur Brincos por activar los movimientos del caballero, y procurar la accion del aire sobre Don Quijote, primer vital alimento por lo frecuente; y solo al cabo de gran espacio fué cuando dijo:

—Juzgárame estar aun en las concavidades de Atapuerca; y se dió á pasear solo toda la sala.

Ni todos los señores de la gran sala habian fijado su atencion en Don Quijote, antes en cierto apartado contorno de él, un caballero exclamaba.

—Arcanos hay, señora, que no ha poder el entendimiento á penetrarlos, ni sé, ni he de saber el que guardan vuestra discreccion y vuestra hermosura. Bien es verdad que tarde os ví, mas la violencia de la pasion no ha tiempo á meditarlo. Digan de aqueste amor que me avasalla cuanto antojaren poetas y quisieren sábios consumados, que siempre habré de ver en vos imán irresistible como fuerza incontrastable.

—Tenéos, Don Lope, que abrasan las frases de vuestros labios: reparád, os ruego, como insondable abismo nos separa.

—Flor no hay tan bella cual la nacida en la márgen de ese ántro; ¡espantable condicion, hermosa Lucila!

—Y ved como el paso dado hacía adelante.....

—Ha imposible retroceso..... verdad del todo es, señora; y así mi único deseo y mi ánsia es la partida. ¡Presto Lucila! ¡al punto!

—¡Oh! apartáos de mí, D. Juan, si quiera por un instante.

—¡El mas venturoso ordenais que yo abandone! Ved cual la atencion de todo este gran concurso de gentes divertidas arrastran y se llevan las procacidades del rústico servidor y del loco mal vuelto al mundo. Por causa del mentecato aun tendrían su disculpa las mas atrevidas resoluciones.....

Y fué el comenzar del paseo de Don Quijote causa del movimiento general de todas gentes cuantas en los salones se encontraban, y aconteció así bien en esta sazon el partir de Lucila con Don Juan ocultamente.

Cuando llegó Don Lope en busca su esposa. Era su mirar sombrío, casi fúnebre; cual impaciente y penetran-

te el de su hija que le acompañaba; y es que los semblantes son cielo de la humana atmósfera.

—No hay hallar á mi madre, decia la niña, y debe ser por no saberla buscar, pues no hay madre que se huya de su hija. Mirad, padre, como no han de separarse los pedazos de un solo corazon sin que se muera su dueño; y yo siento como me falta la mitad del mio, como he de tener yo la mitad del de mi madre, la cual por fuerza ha de sentir como se muere.

—Unos, ó hija mia, debieran ser todos corazones, y los hay que al fuego de sus pasiones se calcinan ó petrifican, ó en telas se encierran de arañas tejedoras, ó pierden su sentido hasta creer bienes los males.

—Imposible ha de ser eso, padre mio; que ha de sentir mi madre al hervir de sus entrañas, si tal fuese posible, el tocar de los mis labios en su pecho.

—Gentes hay que no sienten ya el delicado estallar del grano de semilla que milagroso germina en campos dilatados, ni el prodigio de la joyería de las rocas y los cielos; ni aun ven la fé que llevan en sus dias y en sus horas, empresas y osadías; y lo que dan al sarcasmo y al despecho, nieganlo al Autor de lo criado; y engriense en su horfandad como el loco en sus harapos.

Extremos tantos y tales de Don Lope y el lloro y llanto de su hija vinieron á publicar lo que bien pudiera ser callado; con lo que eran incessantes y tumultuosos el ir y venir de los caballeros todos; y las preguntas y curiosidades no tenian fin ni cuento. Regocijábanse rivalidades, fingian hipocresías, y tomábanse multiplicados cuidados, ruindades y ambiciones. Era, en verdad, Don Lope caballero acaudalado.

Y habia amantes de raras novedades en gran número, los cuales rodeaban á Sancho y Don Quijote; el cual, viendo como dos caballeros impasibles jugaban la partida de ajedrez, dijo:

—Adviertan aquí ahora los señores de Castilla como es este juego moruno y mal hallado. Compendio es él y plan de reñida batalla, golpe y estrategia cual los de guerrero en campo. Bien está que estos castillos avancen, tal como lo ejecutan, fronteros é importantes, pues así es el ganar un terreno como el fortificarle, si salir hemos de algárra y correría. Parece-me así bien justo y necesario el flaqueo que verifican muy á su sabor

estos alfiles ó centuriones; ni van mal esos saltos traviesos de caballo, ni los guerreros de á pié mas numerosos; mas, lléveme el diablo si está ni puede estar en orden ni en razon que el monarca sea craso así y gotoso que pueda dar un solo paso, bien que á dó quisiere. Monarca es decir general de la batalla; presto ó no, segun que conviniere, y no musulmán sensual ó narcotizado. Monarca es primer jefe de milicia, pues ha principalmente su poder contra bellacos y malsines, que los buenos hombrés por sí están gobernados. Y es menester agora, si no han de darle en mi presencia mate indecoroso, y casi lo veo, dejarle caminar por dó quisiere y le plazca.

Celebraban en algazara muchos caballeros los dichos de Don Quijote, mientras los del juego ni oían ni sentían, que la presencia de muchas gentes y el amor del hombre á sí mismo han de estas y aun de otras que sean mayores.

Pues nada es lo hasta aquí observado y con brevedad expuesto, continuó Don Quijote, si paramos buena mente la atencion en esa intrusa dama en el campo de batalla. Y vez aquí otra Doña Bárbara, solo propia de moslémones torpes y desalmados; que, á no ser así, no viéranse damas tales sueltas y andariegas por dó quiera que les place y las antoja, y vánse con satanáas dó no hay averiguarlo.

Sancho, que bien sabia lo de Don Lope, y Lucila, dijo:

—Y que es el hablar de su merced como el de un libro, y á fé que el follón se la lleva que no hay encontrarla, y advierta su merced como todo el aposento está alborotado.

—Y no puede ser de otra manera, contestó Don Quijote, pues veo, mas que el sol claro, como quitada esa dama, es ganado el juego por quien debe.

¿Y cómo quita su merced, el Señor Don Quijote, esa dama que se va por dó la antoja? preguntó Sancho.

—Contra damas arriesgadas, andariegas y casquivanas, Sancho, están los libros de caballerías y los andantes caballeros, contestó Don Quijote. ¡Pues no hay sino marcharse por esos andurriales! Y tardanza es peligro y remedio al canto.

Dicho lo cual, y sin que nadie pudiera estorbarlo, por lo tranquilo del comienzo y repentino del castigo, principió, realizó y consumó Don Quijote tal descarga de golpes y tajos sobre el tablero del ajedrez y sus guerreros de palo que ni uno solo pudo ser ya mas de provecho en el mundo. Y terminó la partida de los por milagro salvos y sanos jugadores.

Imp. de la viuda de Villanueva.